

Una casa en la plaza

HISTORIAS DE LA VIDA COTIDIANA EN CARTAGENA DE INDIAS DESDE LA ARQUEOLOGÍA

Por: **Monika Therrien***, **Luis Fernando
Suescún Arrieta****, **Laura Niño Gutiérrez*****

*Arqueóloga, investigadora principal,
directora, Fundación Erigaie.

**Arqueólogo, consultor e
investigador, Fundación Erigaie

***Arqueóloga del Instituto
Departamental de Cultura del Meta e
investigadora, Fundación Erigaie

Fotografías:
Fundación Erigaie

Palabras clave: **Arqueología histórica,**
Cartagena de Indias, Museo del Oro
Zenú, vida doméstica

Key words: **Historic Archaeology,**
Cartagena de Indias, Zenú Gold
Museum, domestic life

Resumen: Las excavaciones arqueológicas realizadas en 2020 en la casa del Museo del Oro Zenú, en Cartagena de Indias, Colombia, dan cuenta de una historia que se remonta a antes de la fundación de la ciudad y llega hasta el presente. Cerámica indígena prehispánica, colonial y europea hallada en la casa, junto con semillas y huesos, describen las prácticas alimenticias, en tanto que los frascos de botica, un termómetro y otros elementos se refieren al cuidado ante la enfermedad, en una ciudad donde escaseaban el agua potable y el servicio de aseo. Se reconstruye así un fragmento de la historia de la vida doméstica de Cartagena de Indias.

Abstract: The archaeological digs in 2020 in the Zenú Gold Museum house in Cartagena de Indias, Colombia, tell a story that dates from before the city was founded to the present day. Pre-Hispanic indigenous, colonial, and European pottery found in the house, together with seeds and bones, describe food and nourishment practices, while apothecaries' bottles, a thermometer and other items relate to taking care of illnesses in a city where drinking water and cleaning services were scarce. A fragment of the history of domestic life in Cartagena de Indias is thus reconstructed.



Fig.1. Subdivisión de la cuadra en donde se ubicaban las casas del capitán Matute. Una de ellas alberga hoy el Museo del Oro Zenú, cuya ubicación privilegiada lo convierte en uno de los depositarios de vestigios que aporta al conocimiento de la historia de la ciudad (modificación de Google Earth, 2021).

Las casas que vemos al recorrer las calles del centro histórico de Cartagena de Indias no siempre fueron así, con sus grandes puertas, balcones y techos de tejas de barro. La historia de la arquitectura brinda pistas sobre los cambios en los estilos y espacios de la vivienda cartagenera, así como la arqueología nos abre ventanas para descubrir a sus moradores y sus modos de vida en distintas épocas. ¿Cuáles historias nos cuenta la casa del Museo del Oro Zenú? ¿Cómo aporta la arqueología a esa historia?

La excavación arqueológica

Antes del montaje de la versión actual del Museo del Oro Zenú en Cartagena de Indias, inaugurado en 2023, el Banco de la República adelantó obras de restauración y adecuación de la casa, ubicada en un lugar privilegiado de la ciudad, sobre el Parque de Bolívar. Como parte de este proceso, en 2020 excavamos lo que originalmente era la huerta o solar de la misma. Una de las razones para excavar en esta área fue la práctica que durante siglos siguieron los habitantes de las ciudades de botar sus desechos en la huerta. Estos servían de abono para los frutales y plantas medicinales que, generalmente, eran cultivados en este espacio doméstico; y además, esta era una solución para el manejo de las basuras, antes de que se regularizara y formalizara el servicio de recolección desde mediados del siglo XX, aproximadamente.

A través de la excavación de esta área de la casa y de las estructuras que alguna vez se construyeron en la huerta fue posible recolectar los materiales arqueológicos con los cuales se reconstruye aquí un fragmento de la historia de la vida doméstica de Cartagena de Indias.

La excavación arqueológica de una casa es algo parecida a leer un libro. La casa es la portada que resguarda las palabras en forma de estructuras y objetos, completos o fragmentados, que llevan al arqueólogo a formarse una idea de lo que significan. Para leerla, el arqueólogo procede a excavar capa por capa los pisos, suelos y rellenos formados por la acción humana,



Fig. 2. La excavación arqueológica muestra aspectos de la historia que no quedaron registrados en otras fuentes, como las prácticas del comer refinado representadas en una delicada y liviana taza de té.

Fig. 3. Localización de las unidades de excavación en la casa sede del Museo del Oro Zenú: UE1, en el área proyectada para instalar la subestación eléctrica subterránea, y UE2, en el sitio donde se abriría el foso del ascensor (Plano: Banco de la República, 2018).

que, como las hojas del libro, describen los sucesos acumulados en ellas a lo largo de siglos. Cada obra realizada en la casa —nivelar el terreno, construir, ampliar o demoler cimientos y muros—, y cada fragmento de cerámica, vidrio, metal, piedra o hueso animal usado y desechado se convierten en los textos que hablan sobre los ocupantes de la casa y los eventos que sucedieron en ella desde la época de la conquista hasta el siglo XX. Es un reto para el arqueólogo interpretar cada detalle hasta completar el escrito.

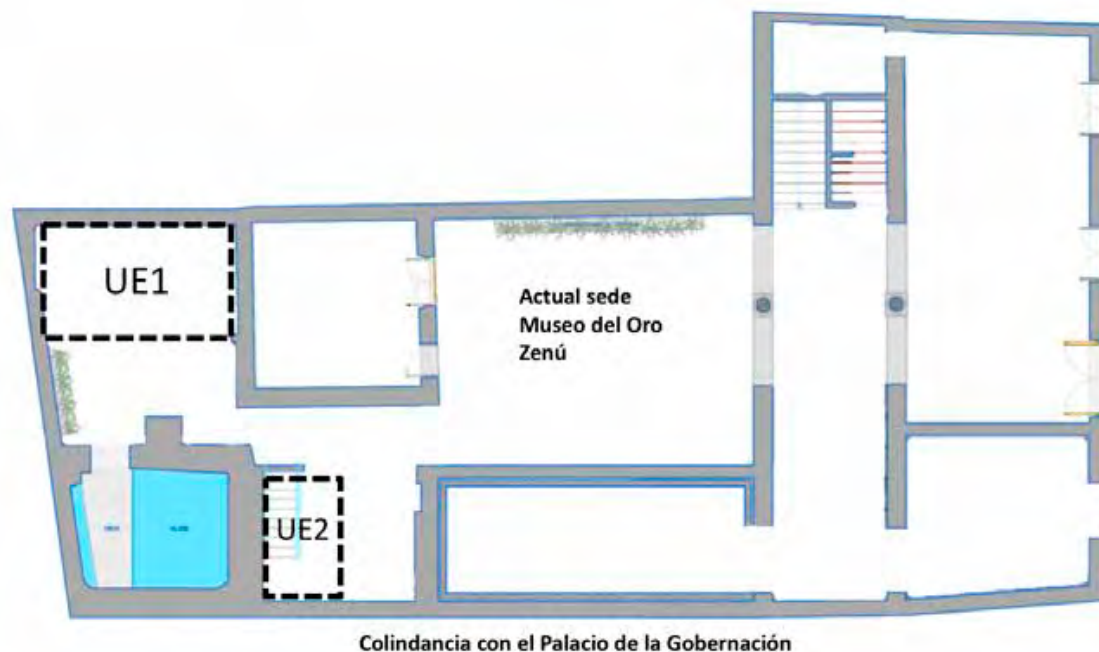




Fig. 4. Unidad de excavación 1.



Fig. 5. Los rellenos fueron registrados por estratos para extraer la mayor cantidad de información posible sobre las estructuras, sus usos y su mantenimiento.

Fig. 6. El contacto entre indígenas y españoles fue un encuentro de creencias y prácticas sagradas, como lo evidencian las cuentas halladas en el Museo; las de caracol de los calamaríes eran usadas generalmente en collares y tenían un significado simbólico (izquierda), las de azabache, coral y hueso de los españoles servían como amuletos y, en los rosarios, para sus rezos.



Las creencias al momento del contacto

Por los documentos históricos y las evidencias arqueológicas sabemos que antes de fundarse la ciudad colonial existían pueblos nativos en el lugar y sus alrededores: Carex, Turbaco, Mahates, Calamar, sobre la que se erigió Cartagena de Indias (Borrego Plá, 1983), entre otros. Los materiales arqueológicos encontrados en las capas más profundas de la excavación de la casa pueden, justamente, asociarse al contacto entre los nativos calamaríes y los primeros exploradores europeos. Estos últimos surcaron bajo el mando de Alonso de Ojeda las costas entre el Cabo de la Vela y el Darién hasta 1509, cuando su piloto mayor Juan de la Cosa y gran parte de sus 200 soldados fueron abatidos en Turbaco por las flechas indígenas.

La conquista europea significó cambios para unos y otros en este territorio. El primer contacto fue quizás el más violento y el más costoso en vidas. En las conquistas cunde el terror, el temor, la ambición y la sorpresa entre los grupos enfrentados, y cada adversario para sentirse seguro se aferra a sus costumbres y creencias. Una vez conquistada la población nativa y despojada a la fuerza de su territorio se despliegan las estrategias de dominación colonial: el reordenamiento de la estructura social, política, económica y religiosa que dará origen a la nueva ciudad, en este caso Cartagena de Indias, y a la sociedad diversa que la habita.

Vivir en la ciudad

El lugarteniente Pedro de Heredia, luego de varias entradas a este territorio, pactó con la Corona española las capitulaciones para conquistar y gobernar la provincia y para fundar la ciudad de Cartagena de Indias. Esta nació en 1533, cerca de la bahía más propicia de esta costa para que llegaran las naves españolas (Simón, 1981, Tomo V: 79).

La traza de la ciudad se organizó bajo el modelo español de dos plazas, una administrativa y otra mercantil. La administrativa o Plaza Mayor —el actual Parque de Bolívar frente al Museo— poco a poco se fue consolidando en su contorno con la re-localización de la iglesia Mayor o catedral, y acogió hitos administrativos como la Casa de la Gobernación —donde también funcionaban el Cabildo y la cárcel pública—, el Portal de los Escribanos y el Tribunal de la Inquisición con su respectiva cárcel. La Plaza del Mar —la actual Plaza de la Aduana— era por su parte el centro de la actividad comercial, donde tenía lugar la subasta de los africanos esclavizados y se encontraban las mercancías traídas desde el interior del territorio y las que llegaban de la península Ibérica. Aunque Cartagena de Indias fue muy pronto una de las ciudades puerto más destacadas en el Caribe, esto no necesariamente implicaba que el comercio local fuera prolífero, ya que las embarcaciones que traían mercancías llegaban solo esporádicamente, los artículos tenían un destino diferente en el continente suramericano o eran por encargo. Los productos básicos que consumía la ciudad se producían en ella misma o en los pueblos aledaños, donde se ejercían diferentes oficios como la herrería, la carpintería, la alfarería, la cestería, la sastrería y la talabartería, entre otros.

La construcción y consolidación de Cartagena como núcleo urbano fue durante sus primeros años producto de la simbiosis entre las prácticas de habitar de los nativos y las formas de organización espacial y social de los conquistadores europeos. Vivir de manera permanente en la ciudad llevó a transformar paulatinamente el entorno natural y a los habitantes.

Fueron pocas las viviendas de propiedad de particulares situadas alrededor de la Plaza Mayor. Las primeras casas y muy probablemente esta del Museo fueron construidas al modo de los bohíos de los nativos, con materiales perecederos conseguidos en el entorno, como las palmas y la caña o “lata”, como la llamaban. A pesar de las bondades de estos materiales para edificar y consolidar rápidamente la ciudad, también contribuyeron a los desastres: en 1552, un incendio provocado por una vela arrasó con los ranchos y prácticamente destruyó la naciente Cartagena de Indias. Para evitar una nueva catástrofe, el Cabildo ordenó en 1555 construir en “cantería [piedra labrada], adobes o por lo menos en lata embarrada por dentro y por fuera, prohibiendo terminantemente que las casas de bahareque tuvieren forros de palma” (Urueta, en Borrego Plá, 1983: 20). En 1570 ya existían alrededor de 400 casas, pero pocos habitantes habían hecho caso a la orden del Cabildo y cuando sobrevino el ataque del pirata Drake, en 1586, se quemaron al menos 200 de ellas. Esta nueva tragedia no solo convenció a los propietarios de construir en mampostería: el ataque también conllevó diseñar e iniciar la construcción de las murallas que buscaban proteger la ciudad.

¿Qué vestigios arqueológicos hallamos de esta etapa? Principalmente aquellos asociados al menaje de cocina y los alimentos consumidos por los moradores del rancho, puesto que los materiales perecederos con que fue construida esta antigua estructura no dejaron rastros. Estos desechos domésticos eran arrojados en el solar o huerta; no había ninguna disposición especial respecto a las basuras, salvo la prohibición de botarlas a la vía pública, mandato que por cierto era transgredido cotidianamente.

Entre los residuos se identificaron herramientas de piedra y caracol utilizadas principalmente para procesar los alimentos. La mayoría de los fragmentos, sin embargo, corresponden a vasijas cerámicas elaboradas por los nativos y usadas para preparar las comidas, incluso aquellas para asar las tortas de maíz y yuca o casabe, alimentos americanos que los europeos poco a poco aprendieron a degustar. También se hallaron restos de botijas, un recipiente que en los barcos se usaba para transportar a América el vino y el aceite de oliva, además de unos pocos

pedazos de platos hechos en los talleres alfareros de España, en los que se servían las preparaciones a base de ingredientes provenientes de distintos continentes, como la carne de res y de cerdo europeos, según lo delatan los restos de fauna excavados.



Fig. 7. Fragmentos de vasija plana o budare. Su forma, casi plana, hacía posible la preparación de tortillas de maíz y de yuca, plantas de origen americano.



Fig. 8. Fragmentos de objetos cerámicos usados por los nativos. Algunas vez fueron vasijas completas usadas para servir y consumir alimentos (derecha). Algunas tienen decoraciones más especiales (izquierda).

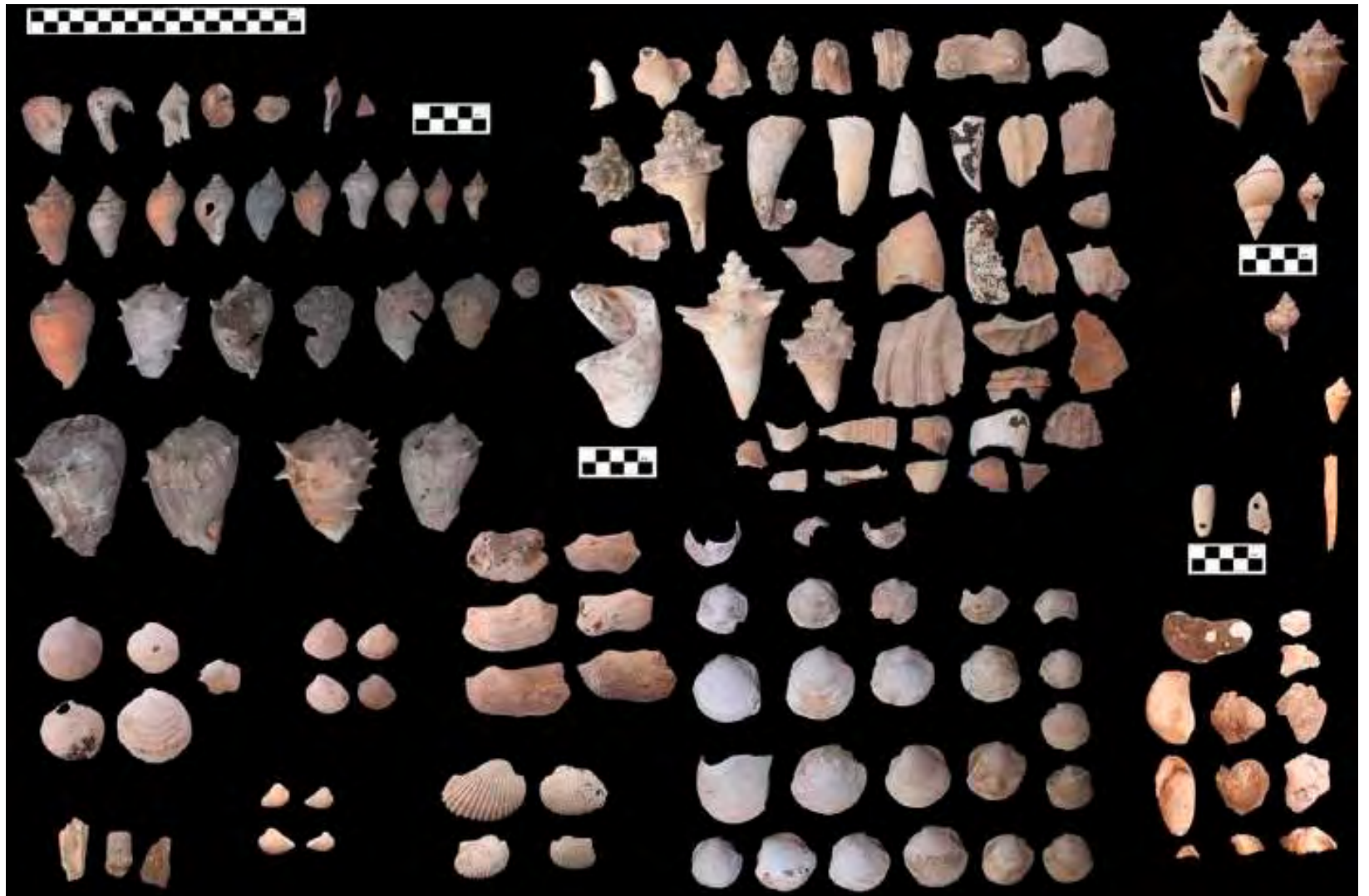


Fig. 9. Caracoles y conchas. Encontrados en la excavación de los suelos más profundos de la casa, sirvieron a los indígenas como alimento y herramientas. También, fueron apetecidos por los europeos para conseguir perlas.

Fig. 10. Menaje europeo para servir y comer. En contraste con la cerámica indígena, aquella traída por los europeos se caracterizaba por el acabado lustroso de la superficie y la base blanca de la vasija, esta última una técnica introducida a España por los moros.

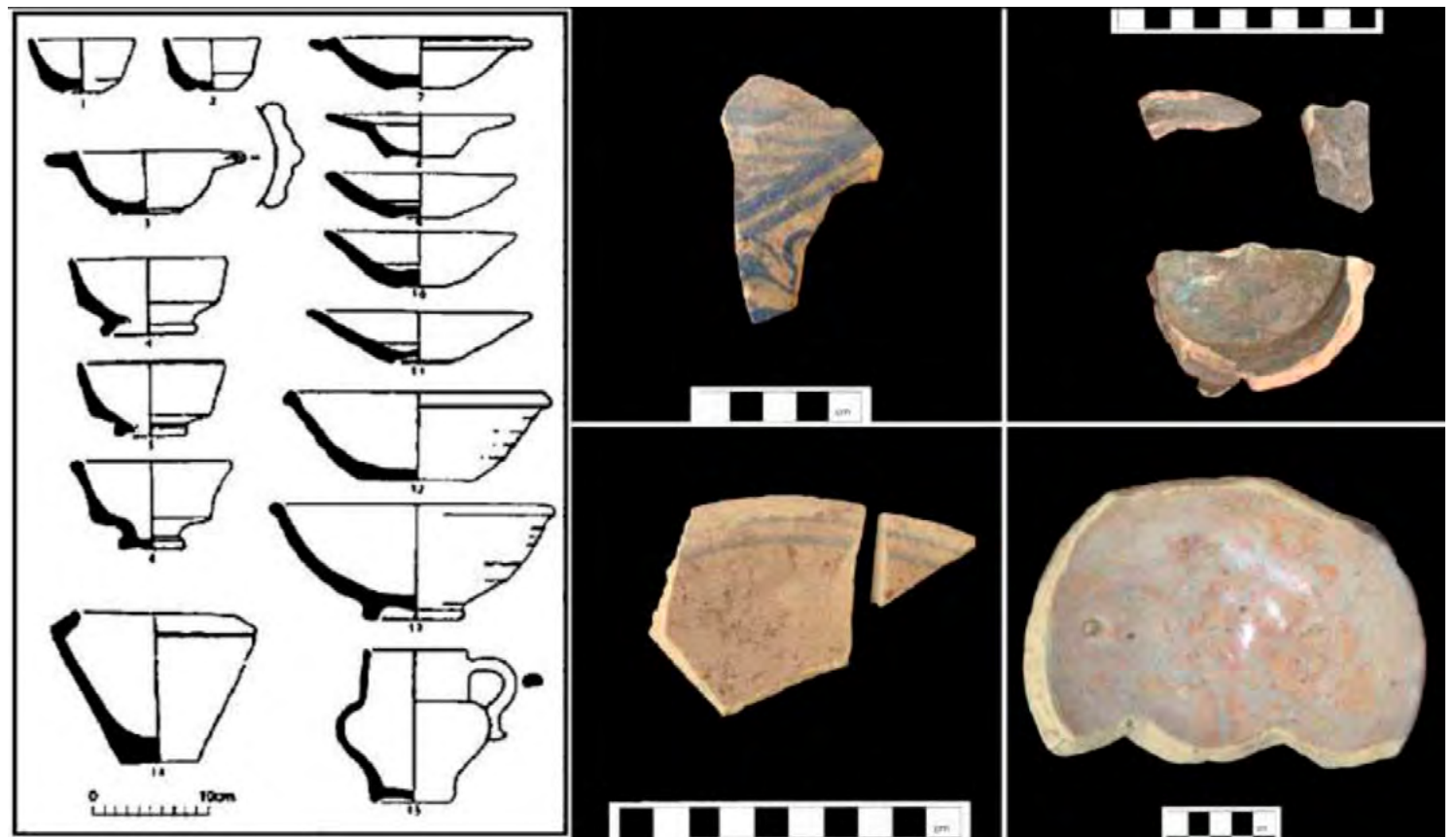




Fig. 11. Evidencias de la dieta local. Los restos óseos de peces (arriba a la izquierda) y de tortuga (bajo los anteriores) brindan indicios sobre la fauna del lugar, el oficio de la pesca y el tipo de dieta consumida localmente. Pudieron ser parte de potajes y sopas preparados en ollas de diversos tamaños (derecha).



Fig. 12. Dieta europea. Las preferencias de los españoles por el consumo de ganado bovino y porcino eran bastante extendidas en la península ibérica, y así se trajeron e impusieron en América. Los caldos con carne de res y los jamones eran alimentos de fácil cocción, consumo y almacenamiento durante los viajes y en las expediciones por el continente.



Fig. 13. Otros usos de la piedra. Lo que aún no puede faltar hoy en día en las casas, particularmente del área rural, es la piedra de moler, utilizada para machacar semillas, plantas y otros productos en la cocina o en el saber medicinal.

Fig. 14. Fragmentos de una vasija del tipo conocido como El Morro, hecha con materiales de origen europeo y asociada a la preparación de alimentos.



Vivir de manera permanente en la ciudad implicó para sus habitantes apelar a los recursos disponibles para llevar a cabo sus actividades diarias: construir sus casas, establecer sus tiendas, ejercer sus oficios, comer, dormir, criar, crecer y morir. Esto conllevó cambios en los modos de vida tradicionales de unos y otros; ya no mediante una conquista físicamente violenta, sino con la colonización del territorio, ocupado como una extensión del reino hispano, en la que los españoles fueron imponiendo sus hábitos mediante normas y prácticas.

Sin embargo, las regulaciones con que el imperio español buscaba dominar sus colonias americanas no se cumplían a cabalidad y, dada la heterogeneidad de pobladores que confluía en la ciudad hispanoamericana, las prácticas eran igualmente diversas. Cada poblador, de diferentes orígenes y trayectorias culturales de España, Europa y África o de las diversas culturas nativas, buscaba reproducir el modo de vida que conocía, pero la novedad, la necesidad, las aspiraciones o la carencia y escasez, así como los cambios generacionales, terminaron por provocar transformaciones, adaptaciones y coacciones en las formas como se desenvolvían cotidianamente las personas en Cartagena de Indias.

Fig. 15. Contrastes de la cultura material nativa y europea. Las herramientas en piedra (izquierda), así como las de caracol y madera usadas por los nativos, fueron desapareciendo y se reemplazaron con los implementos europeos para construir, en este caso, las herramientas y materiales producidos en hierro (clavos a la derecha).



La casa en los siglos XVII y XVIII

Un plano histórico elaborado en 1630 detalla las instituciones principales del régimen colonial que rodeaban la Plaza Mayor. En él se identifica claramente la casa del Museo como una vivienda de dos pisos de propiedad del capitán Diego de Matute, lo cual significaría que estaba construida en mampostería y que probablemente parte de los muros actuales daten de esa época. Se presume que sus descendientes conservaron la casa, porque uno de ellos, del mismo nombre, vivió en ella durante la Independencia. Además de esta, el capitán era dueño de otras propiedades, entre ellas una que vendió al Tribunal de la Inquisición y un tejear en la isla de Getsemaní (AHN, Inquisición, 5342, leg. 6 y A.G.N. Conventos: SC.17,68, D.15). En esta, su casa principal, Diego de Matute mandó a construir en el patio trasero el aljibe, estructura indispensable para acopiar agua lluvia —de los techos— en una ciudad que carecía de acueducto. Además de esta construcción, que aún sigue en pie, la excavación arqueológica delató la existencia de un antiguo desagüe para evacuar en las aguas subterráneas los detritos humanos, aceites y otros líquidos.

Fig. 16. La casa sede del Museo del Oro Zenú en los siglos XVII y XVIII.
(Ilustración: Fundación Erigaié)



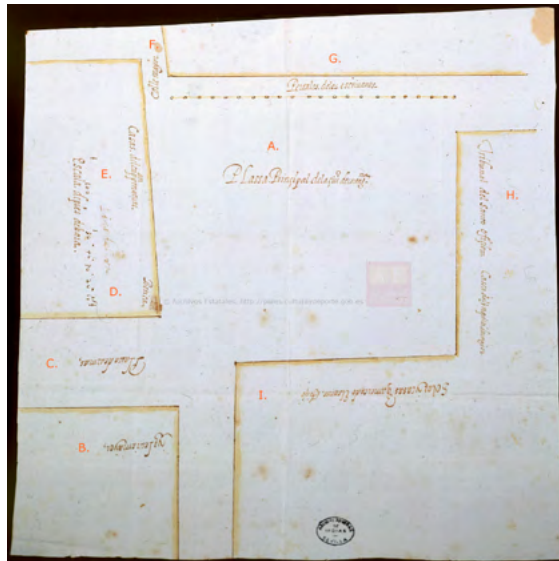


Fig. 17 “Plaza Principal de Cartagena de Indias en 1630. A. Plaza Principal de la Ciudad de Cartagena; B. Iglesia Mayor; C. Plaza de Armas; D. Botica; E. Casas del Capitán Matute (actual Museo del Oro Zenú); F. Calle Mayor; G. Portales de los Escribanos; H. Tribunal del Santo Oficio = Casa del Inquisidor; I. Solar y casas que [h]a mercado [comprado] el Santo Oficio”. Fuente: A.G.I. MP-PANAMA, 49. 1630. ©MCD. Archivos Estatales (España).

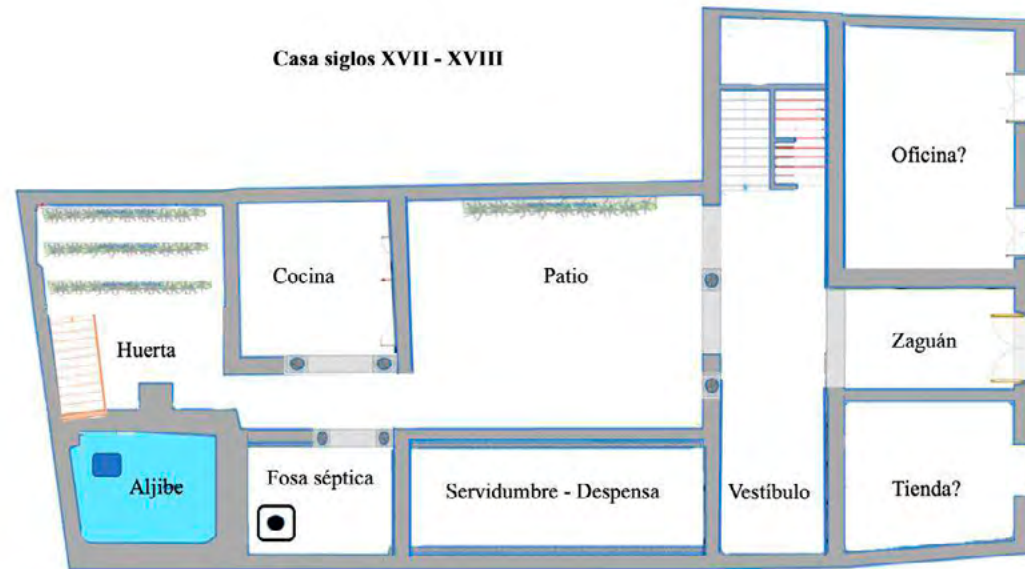


Fig. 18. Hipótesis sobre la espacialidad de la casa Matute entre los siglos XVII y XVIII. Esta alternativa involucra particularmente las funciones sanitarias que cumplían los espacios del solar.



Fig. 19. Los bacines y los desechos sanitarios. La noción de higiene fue durante buena parte del periodo colonial muy distinta a la actual. La orina y la materia fecal se manejaban principalmente con los bacines, recipientes en los cuales se depositaban detritos y que, generalmente, estaban dispuestos bajo las camas o acomodados en una silla.

En la variedad está el placer

Fig. 20. Loza de la Península. La loza española más común del menaje doméstico de las ciudades neogranadinas fue aquella elaborada en los talleres de Sevilla. Posiblemente, la familia Matute pretendía preservar las maneras y los gustos hispanos a la hora de consumir sus alimentos.



Algunos documentos históricos mencionan que Matute ejerció distintos cargos en la administración colonial, como regidor y por tanto miembro principal del Cabildo, así como procurador general de Cartagena (Mayorga, 2002 y Cunill y Quijano, 2020). La vida de su familia dejó como huellas mucha loza importada de España, e incluso de México, de Italia y Alemania, entre la cual es de destacar un fragmento de plato en el que hay pintado un escudo, un emblema que solo era otorgado a quienes habían servido en armas a la Corona española. Pero mientras los miembros de este hogar consumían sus comidas en estos platos, su sirviente



21.



22.

Fig. 21. ¿El escudo de Matute? No ha sido posible rastrear si este escudo pertenecía al capitán Matute, pero la fecha de producción de la loza, con sus colores y motivos decorativos, se corresponden con el periodo en que habitó la casa.

Fig. 22. Otros pedacitos del Caribe y África en la cocina. Las vasijas de la tradición indígena (denominadas tipo Crespo) también estaban disponibles en el mercado. Por otra parte, el decorado por presión con los dedos en el borde de algunos de estos recipientes está asociado a las técnicas de manufactura de la tradición africana, por lo que se plantea que fueron producidas por esclavizados o negros libres.

esclavizada africana —de la que sabemos por documentos que era esposa de Antón Calafate (A.G.N. Conventos: SC.17,68, D.15)—, preparaba los alimentos en vasijas que para esta época ya eran manufacturadas en la región por alfareros provenientes de África. Los sirvientes esclavizados de la casa realizaban otras labores domésticas: los hombres debían cuidar de las huertas y las pesebreras, mientras que las mujeres, además de encargarse de la cocina, en ocasiones también debían buscar ingresos adicionales para sus amos con la venta de frutas y dulces y la elaboración de casabe, para lo cual se congregaban en la llamada “Plaza de las negras” (hoy Portal de los dulces).

Así se generó una amplia y diversa oferta de comida, la que sería preparada según las culturas alimentarias originarias o las nuevas cocinas que fueron surgiendo con el mestizaje culinario y cobraron vida en los fogones de la ciudad. Estas nuevas culturas alimentarias amoldaron los gustos de uno y otro lado del Atlántico: la papa, el tomate, el chocolate son hoy tan populares en el mundo entero, sobre todo en Europa y España —¡la tortilla de papa española! —, que se olvida su procedencia americana. Con este intercambio no solo variaron los hábitos de la comida al ritmo de los contactos entre unas poblaciones y otras; también se compartieron saberes sobre cómo freírlos, asarlos, cocerlos, calentarlos o enfriarlos, con qué utensilios prepararlos y en qué recipientes servirlos y comerlos.



Fig. 23. Dieta en la casa de Matute. Con la consolidación de la ciudad, también se fueron estabilizando las dietas de los habitantes de la ciudad, primordialmente con fauna europea, como gallinas, cerdos y reses, aunque también se evidencian reptiles como tortuga y otra fauna silvestre local aún no identificada. En conjunto, ollas y fauna permiten pensar en una dieta basada principalmente en potajes y sopas, además de las tortas de maíz o casabe.

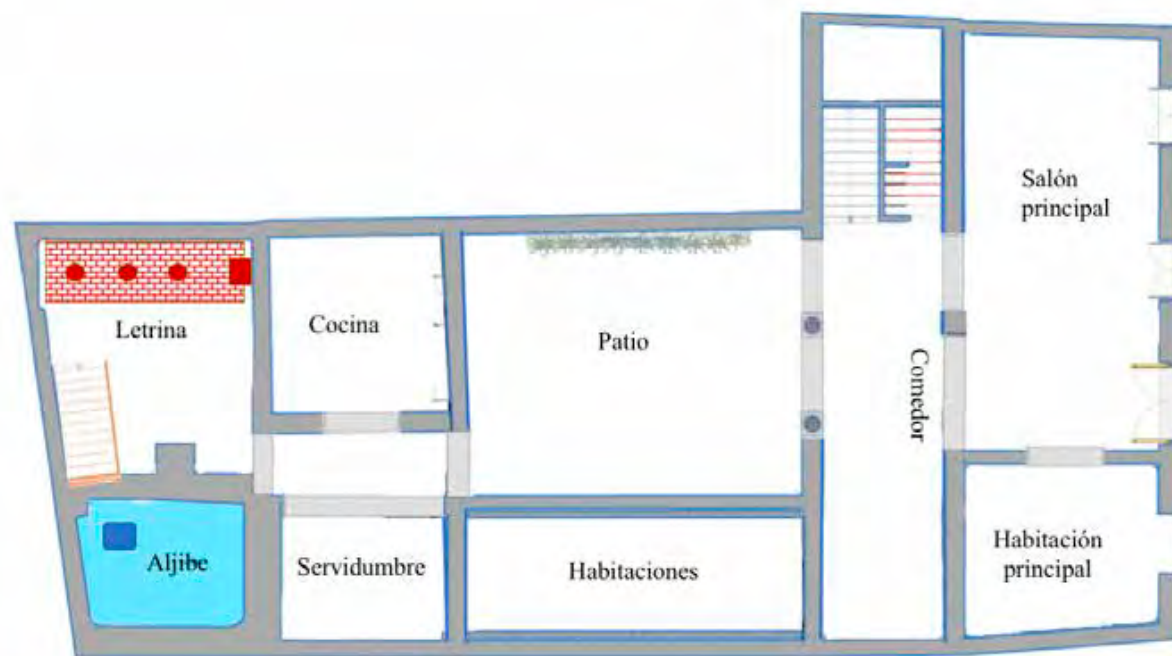
Fig. 24. La “tapa de la olla” era vital para evitar la contaminación de los alimentos, especialmente del agua depositada en las tinajas (cerámica de tradición criolla, Cartagena Rojo Compacto).



La casa en los siglos XIX y XX

El siglo XIX inicia con situaciones políticas que sumergieron a la ciudad en una crisis: la proclamación de la independencia en Cartagena el 11 de noviembre de 1811, la expulsión de las autoridades coloniales, la conformación de una junta de gobierno y la proclamación de una nueva constitución en 1812 fueron seguidas en 1815 por la peor devastación de Cartagena, el sitio de la ciudad por el general Pablo Morillo, durante el cual murieron miles de habitantes. A la guerra de la independencia le siguieron pestes y enfermedades que tomaron más vidas de niños, hombres y mujeres. Solo a finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, la ciudad empezó a notar un ligero despegue demográfico y económico atraído por nuevas obras civiles, como la primera de varias transformaciones de la plaza para convertirse en el Parque de Bolívar y las obras que celebraron el centenario de la independencia, como el Parque del Centenario o el Teatro Municipal (luego Heredia y actualmente Adolfo Mejía). (Lemaitre, 2004)

Fig. 25. Hipótesis sobre la espacialidad del segundo piso de la casa Matute entre los siglos XIX y XX.



En medio de una creciente pobreza y deterioro de las condiciones de vida y el entorno en Cartagena de Indias a lo largo del siglo XIX y buena parte del XX, algunas de las familias privilegiadas, como la de esta casa en la plaza, lograron acceder a un cúmulo de objetos importados con los cuales hacían ostentación de su posición en la sociedad. Estos bienes foráneos hicieron posible que los anfitriones engalanaran un nuevo recinto de la casa: el comedor, con un menaje más variado en cuanto a la loza, cristalería, cubiertos y otros elementos con los cuales agasajaron a los invitados en el espacio fresco del vestíbulo, sirviendo distintos platos y postres preparados con ingredientes locales e importados —primero a la luz de una lámpara de mecha, luego con luz eléctrica—. Quizás la presencia de ingleses en Cartagena, así como de otros extranjeros (Ripoll, 2006), contribuyó a afianzar el comedor y los rituales de mesa europeos en las casas de la élite de la ciudad portuaria, siguiendo las nuevas dinámicas urbanas de esos países.



Fig. 26. Cabeza de cepillo de dientes en hueso. Solo hasta mediados del siglo XX se vino a extender ampliamente el uso del cepillo de dientes como parte de las campañas de higiene bucal.



Fig. 27. ¿Se hizo la luz? La iluminación cambió el interior de las viviendas. Con la inauguración de la planta eléctrica de Cartagena, en 1881, se fueron reemplazando o adaptando las lámparas de gas usadas para alumbrar los espacios domésticos y públicos.

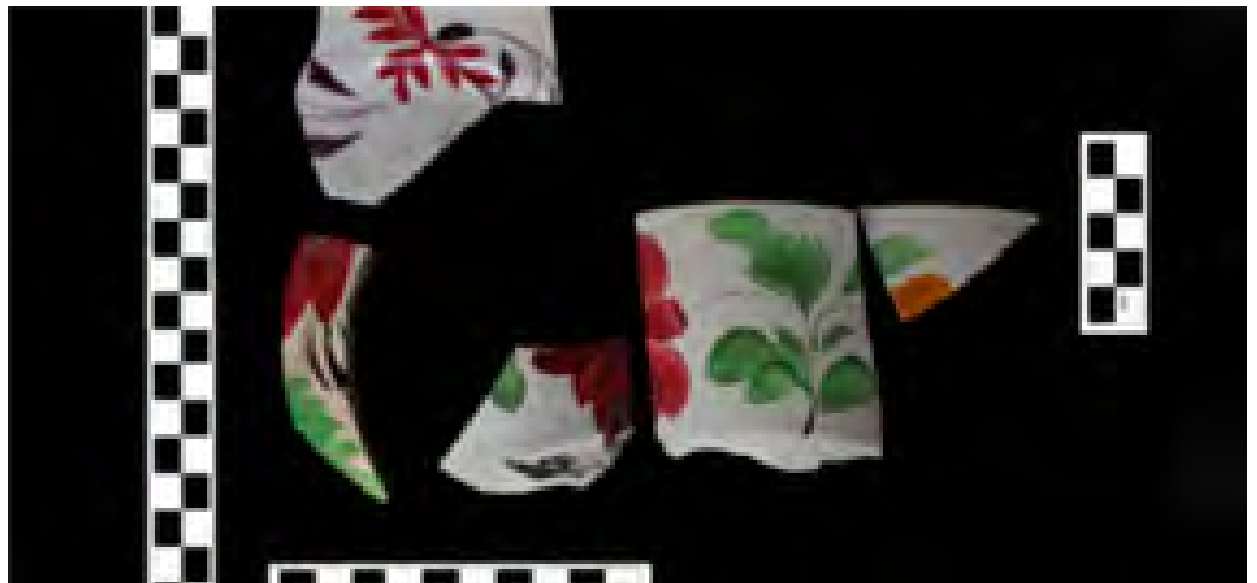


Fig. 28. Cristalizando la distinción. Las nuevas prácticas de comensalidad conllevaron saber cómo disponer y usar el creciente menaje de mesa. Poco a poco se fueron instaurando protocolos para el servicio de agua, vinos, licores y otros líquidos en sus respectivas copas y vasos de cristal.

Fig. 29. Un aparador en el comedor. La variedad en la vajilla pudo implicar la presencia de un atractivo exhibidor de su menaje de mesa. La mayólica buscó imitar la porcelana china que fue conocida y apetecida en la Europa del Renacimiento.



Fig. 30. Cerámica inglesa pintada a mano. La producción de loza industrial significó ampliar la oferta de estilos decorativos para satisfacer o atraer consumidores. El acabado pintado a mano frenaba el ritmo que reclamaba la industrialización.



Una fosa de letrina, muchos vestigios

La excavación arqueológica de la fosa de una letrina en la casa proporcionó la mayor cantidad de materiales culturales, principalmente de vidrio y de cerámica. Su variedad atestigua la inmensa cantidad de objetos fruto de la producción industrial que se hicieron más asequibles a la gente. Esta estructura fue construida posiblemente en la primera mitad del siglo XIX y duró en funcionamiento hasta la mitad del siglo XX, cuando por fin se construyó la red de alcantarillado en la ciudad. Aun así, ante las dificultades para instalar sanitarios en Cartagena de Indias por la falta de agua a presión, los hogares tuvieron por más tiempo que seguir recurriendo a las bacinicas y a su vaciado en estas fosas sépticas, en las que no solo se depositaron los detritos humanos, sino también todo tipo de objetos desechados y basuras que encontramos y dan cuenta de la vida social, a la vez que de los problemas sanitarios de Cartagena.



Fig. 31. Letrina en la Unidad de excavación 1. En este enorme foso séptico (de 5,50 m de largo y 2,80 m de ancho), se hallaron la mayoría de los objetos de los siglos XIX y XX. Con la letrina cambia totalmente el aspecto del traspatio y se define la diferenciación de los espacios de la casa: lo social y visible, lo íntimo y oculto.

De la excavación de la fosa séptica también se obtuvieron semillas de diferentes frutas que dan una idea de la abundancia de alimentos disponibles en el entorno, así como de los aportes de otros continentes. Se hallaron semillas de guanábana, anón, ají/chiles/pimientos, papaya y pitahaya que corresponden a frutos originarios de América, así como de sandía (o patilla) y de coco, ambos de origen africano. Estas frutas, como hasta hace muy poco, las ofrecían y vendían en la calle hombres y mujeres que las portaban en carretillas o en platones sobre sus cabezas.

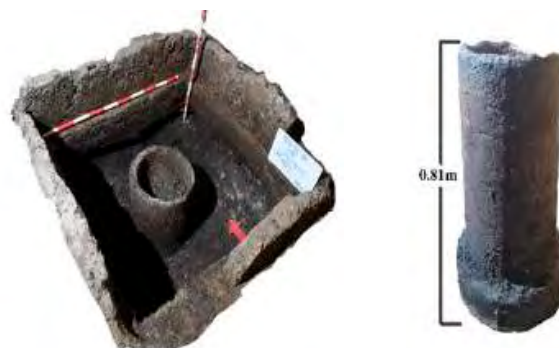


Fig. 32. Desagüe en la Unidad de excavación 2. Tanto la letrina como el desagüe continuaron siendo la solución doméstica al problema.

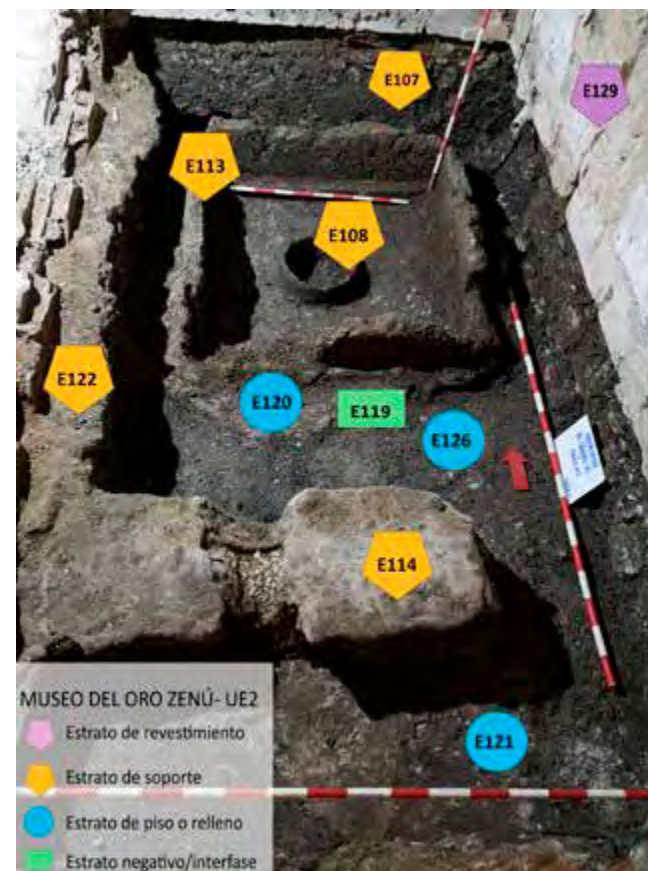




Fig. 33. Variedad de bacinillas. Las encontradas en la fosa de la letrina quizás fueron desechadas a medida que se rompían. La producción industrial hizo posible un modelo estándar de vaso de noche y, a su vez, brindó a los compradores una oferta amplia de motivos decorativos y de colores, configurando el gusto y las preferencias de los consumidores, además de desviar la atención sobre su función principal.

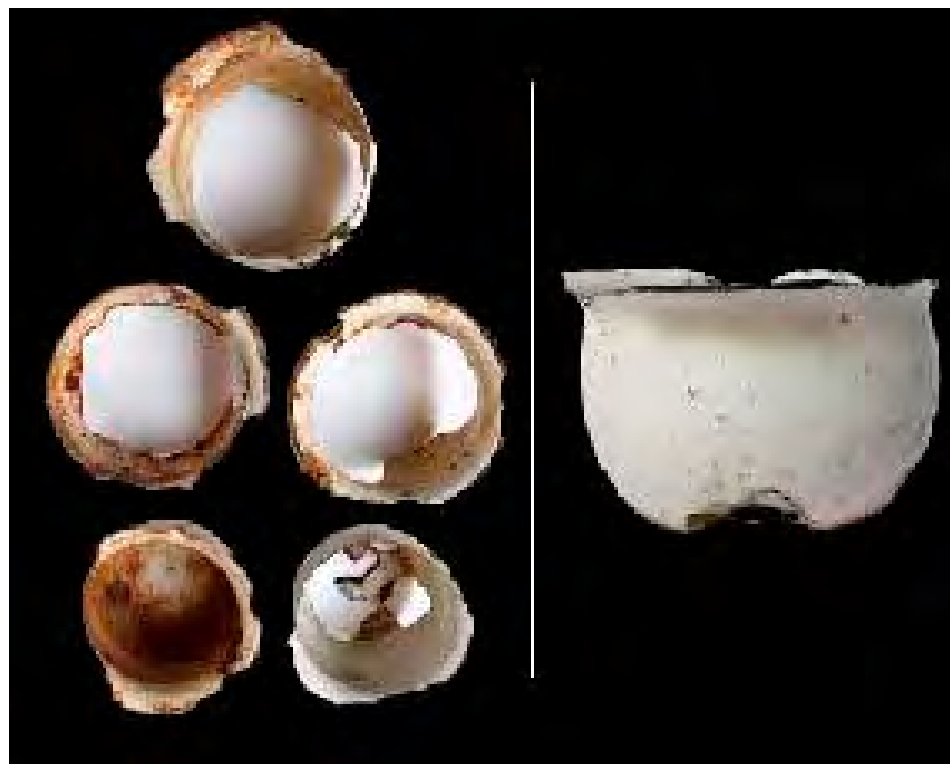


Fig. 34. La bacinica de latón, una comodidad al alcance de todos. Estos objetos, elaborados industrialmente, resultaron ser una alternativa más asequible para los consumidores y tenían una mayor duración.

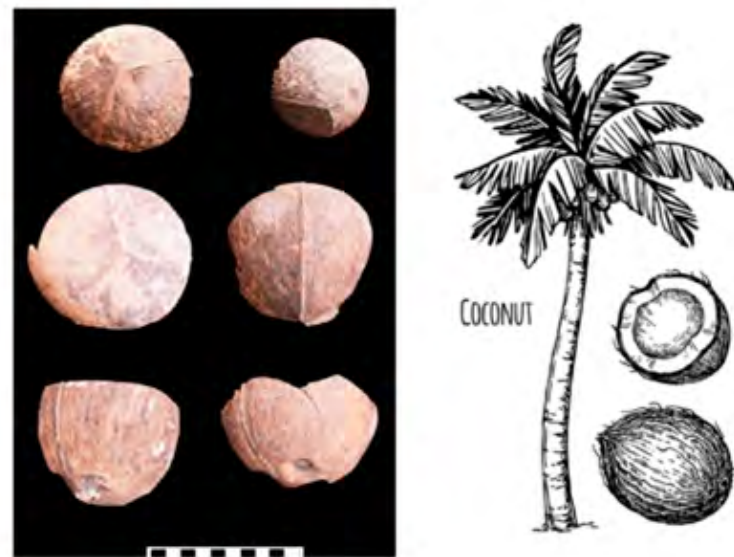
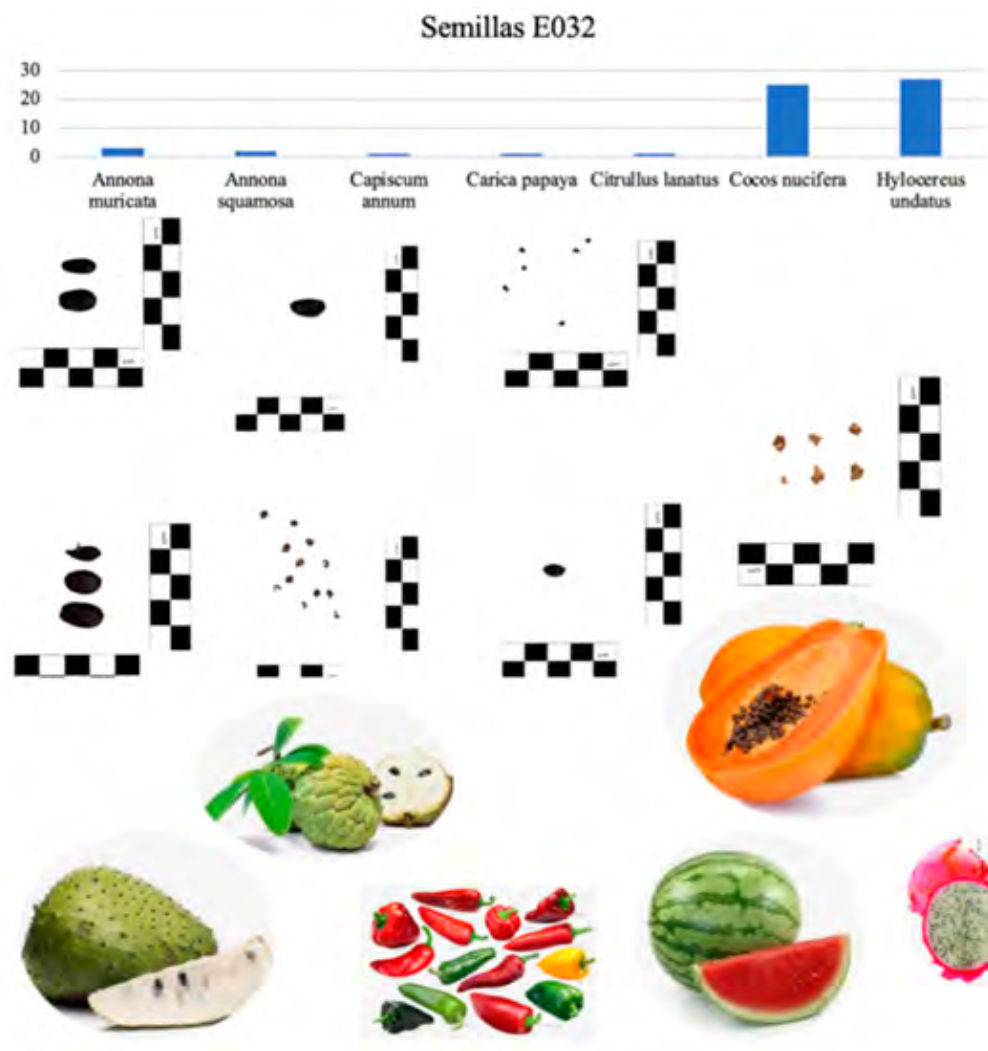


Fig. 35. Semillas encontradas en la fosa de la letrina, con toda seguridad ingeridas por los habitantes de la casa en el siglo XIX.



Fig. 36. Restos óseos. También se encontraron diferentes cantidades y variedades de restos de la fauna que era consumida por los habitantes de la casa: pollo, cerdo, res, tortugas, pescado y otros.

¿La casa de los Gómez Pombo?

Hasta la fecha no se han encontrado documentos que permitan reconstruir una línea de tiempo más completa de los ocupantes de la casa. Por ahora, se plantea como hipótesis que la casa pudo mantenerse en manos de la familia Matute hasta los hechos de la Independencia (1630-1811, aprox.), cuando ellos y otros habitantes de la ciudad huyeron hacia Turbaco. Parte de estos enseres podrían haber pertenecido a la familia Gómez Pombo. Algunos indicios permiten suponer que, a finales del siglo XIX, la casa era el domicilio de los herederos de Manuel Gómez, originario de Tolú, dedicados al comercio de importación y exportación (Meisel, 1990). No es claro en qué momento la casa dejó de pertenecer a la familia Matute, ni en qué momento los Gómez Pombo comienzan a ocuparla.

En 1883 se estableció el Banco Unión, probablemente en esta edificación, considerado el “más rico de Cartagena en su tiempo” (Restrepo y Rodríguez, 2013: 202). Sus accionistas fueron: la viuda Elena Pombo de Gómez; sus hijos —Manuel M. (quien también era el cajero) Henrique y Fernando—, con 25 acciones cada uno, y Henrique de la Espriella, gerente y mayor accionista, dueño de 60 acciones. En 1917, este Banco quebró al ser estafado con una letra que no poseía fondos. Quizás a raíz de esto la familia Gómez Pombo pierde la casa, pero la vuelven a adquirir en 1926 y la ocupan hasta 1956 cuando venden la propiedad al Estado.



Fig. 37. ¿Los enseres del Banco Unión? Aunque no existen los documentos suficientes para constatar que en esta casa funcionara el Banco, algunos materiales arqueológicos parecerían confirmarlo: la presencia de bacinicas esmaltadas, posiblemente para el uso de los funcionarios, los tinteros de vidrio y un conjunto de balas Mauser 7,65 x 53, fabricadas desde 1889 y usadas en la Primera Guerra Mundial y otras guerras en América Latina.



Preparados, específicos y medicinas



Fig. 38. Botellas medicinales. La diversidad de recipientes hallados en la letrina podía servir tanto para fines medicinales como espirituosos, para animar y aliviar el cuerpo y el espíritu.

Incluso aquellos que organizaban agasajos para clientes y amigos no estuvieron exentos de padecer las enfermedades que azotaron a la ciudad. El clima, las prácticas malsanas en el manejo de desechos y el estancamiento de las aguas fueron considerados los causantes principales de las enfermedades padecidas por los habitantes de la urbe cartagenera tras su fundación, y de las pestes y epidemias que empeoraron la situación en los siglos XIX y XX. Al tifo y el paludismo endémicos se sumaron enfermedades como “la fiebre amarilla, llamada potra, osqueocele o hernia escrotal, causada por una bacteria contenida en los aljibes, y la disentería” (Cera, 2016: 218), y que se asociaron al aire o miasmas emanados de las aguas negras y estancadas, a los mosquitos, las basuras y los detritos que pululaban en las vías públicas y los solares.

El conjunto de botellas medicinales encontrado durante la excavación de la letrina de la casa evidencia la existencia de preparados, específicos y medicinas de producción local o importados. Cartagena vio crecer en número las boticas o farmacias y se crearon laboratorios locales, como el de Delgado y el de Román (origen del emblemático refresco de cola). A estos establecimientos se sumarían las fábricas de jabones y aceites, aliadas de los habitantes para combatir los agentes causantes de las enfermedades y los malos olores que inundaban la ciudad.



Fig. 39. Fragmento de frasco de *Scott's Emulsion* hallado en la excavación.



Fig. 40. Temperatura. El termómetro indudablemente se convirtió en un instrumento indispensable para detectar la mayoría de las enfermedades. No es posible saber de qué fecha es el termómetro oral de vidrio y mercurio, de la marca de H.L. Román e Hijos, encontrado en la fosa de la letrina. Mide 10 cm, aproximadamente.



Fig. 41. Tiempos de epidemias. Con posterioridad al cólera, hubo otras epidemias que siguieron afectando a los cartageneros: la viruela, entre 1858 y 1862; la fiebre palúdica, en 1870 y 1872, y nuevamente el cólera, en 1892. Diferentes ampollitas de vidrio encontradas en el foso de la letrina parecen indicar que los habitantes de la casa fueron vacunados contra alguna enfermedad.

La segunda mitad del siglo XX

En 1956, la familia Gómez Pombo vendió la casa por la suma de \$185.000 pesos al Departamento de Bolívar, entidad que la cedió para que funcionara allí la Oficina de Erradicación de Tugurios. En algún momento de la segunda mitad del siglo XX, la casa sufrió un incendio y se sumió en un estado de total abandono durante muchos años).

En 1981, el Banco de la República tomó la decisión de recuperar el inmueble ubicado en la plaza y crear en él un museo. Recuperar la casa abandonada, y dotarla de las necesidades que requería la nueva institución para su funcionamiento, implicó profundas intervenciones en la edificación. El diseño del Proyecto de restauración integral fue realizado por el arquitecto Luis Augusto Izquierdo, con la asesoría del arquitecto restaurador Germán Téllez Castañeda, y fue finalizado en el mes de abril de 1981. Al año siguiente, el arquitecto restaurador Alberto Samudio dirigió la construcción de las obras y el 27 de marzo de 1982 fue inaugurado el primer montaje del Museo del Oro Zenú (web Banco de la República). Aquella exhibición fue renovada en 2007, y, en 2023, el Banco inaugura el actual montaje, habiendo cumplido un nuevo proceso de restauración de la casa y su excavación.

En este breve recorrido, las estructuras y los objetos arqueológicos excavados en la casa del Museo del Oro nos muestran detalles de cómo en tan poco tiempo cambiaron las formas de vida de este lugar conocido antes de la conquista como Calamarí, hoy Cartagena de Indias. De una mayor interrelación con el medio natural que rodeaba a los nativos, pasamos a una urbe con habitantes de diversos lugares del mundo, donde se introducen y combinan las culturas, representadas en el registro arqueológico por nuevos alimentos, distintos modos de preparar, comer y servirlos; una urbe que se enfrenta a los desastres, problemas sanitarios y enfermedades, a tiempos de esplendor y de infortunio. Esta casa con muchas historias, que resiste al frente de la plaza principal de Cartagena, nos resulta más querida cuando conocemos la extensión de su biografía y su patrimonio arqueológico oculto.

Fig. 42. La entrada del plástico a la vida cotidiana. La intervención iniciada en 1982 también dejó su huella en los estratos de ocupación, con elementos que delatan el último uso de la casa como vivienda de familia y luego con las huellas dejadas por los trabajadores de la obra: tazas plásticas de tinto, un gancho de una cortina de ducha, la tapa de un recipiente para guardar alimentos, un tubo plástico, cucharas y un empaque de adhesivo de la marca 3M.



Referencias

- AGN. CONVENTOS:SC.17,68, D.15. Archivo General de la Nación, Bogotá, Colombia. S.f. <https://tesorosdocumentales.archivogeneral.gov.co/view/3879027>
- AHN. 1621. Construcción de nuevos edificios del Tribunal de la Inquisición de Cartagena de Indias. INQUISICIÓN, 5342, Exp. 6. Archivo Histórico Nacional, Madrid, España. <http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/description/1745816?nm>
- Borrego Plá, María del Carmen. 1983. *Cartagena de Indias en el siglo XVI. Escuela de Estudios Hispano-Americanos de la Universidad de Sevilla.*
- Cera, Raúl Antonio. 2016. "Mujeres frente a la incidencia de la pobreza e insalubridad pública en Cartagena (Colombia), 1915-1928". *Historelo*, 8(15), 204-236. <https://doi.org/10.15446/historelo.v8n15.50648>
- Cunill, Caroline y Quijano, Francisco. 2020. "Que nosotros quedemos en aquella figura como nuestra lealtad y servicios merecen": cadenas de representación en el Imperio hispánico. *Nuevo Mundo*. <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.79325>
- Fundación Erigaie. 2021. Estudio arqueológico Museo del Oro Zenú, Cartagena de Indias. Informe final [Manuscrito]. Bogotá, Colombia: Fundación Erigaie.
- Lemaitre, Eduardo. 2004. *Historia General de Cartagena*. Ed. El Ancora Editores, Bogotá, 2ª ed.
- Mayorga, Fernando. 2002. El Cabildo, institución vertebradora de la vida municipal. *Credencial Historia*, 147. <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-147/el-cabildo>

COMO CITAR EL ARTÍCULO:

Therrien, Monika, Suescún Arrieta, Luis Fernando, Niño Gutiérrez, Laura. 2022-2023. Una casa en la plaza. Historias de la vida cotidiana en Cartagena de Indias desde la arqueología. *Boletín Museo del Oro*, 61: 146-182. Bogotá: Banco de la República.

Meisel, Adolfo. 1990. Los bancos de Cartagena, 1874-1925. *Lecturas de Economía* 32 (32-33): 69-96.

Restrepo Restrepo, Jorge Alberto y Manuel Rodríguez Becerra. 2013 [1986]. La actividad comercial y el grupo de comerciantes de Cartagena a fines del siglo XIX. *Economía y Región*, 7(1), 169-229. <https://revistas.utb.edu.co/index.php/economiayregion/article/view/45>.

Ripoll Echeverría, María Teresa. 2006. *La élite en Cartagena y su tránsito a la República: revolución política sin renovación social*. Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia, CESO, Ediciones Uniandes. <https://repositorio.uniandes.edu.co/handle/1992/8021>

Simón, Pedro. 1626. *Noticias Historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Tomo V. Biblioteca Banco Popular, Bogotá.

§

Sobre los autores:

Monika Therrien es antropóloga de la Universidad de los Andes, Magister en Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Profesora de la Maestría en Patrimonio Cultural y Territorio de la Pontificia Universidad Javeriana y de la Especialización en Conservación del Patrimonio Arquitectónico de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, seccional Cartagena. Directora de proyectos de la Fundación Erigaie en la cual ha desarrollado trabajos de arqueología histórica, estudios de cultura material y de patrimonio cultural inmaterial. Se ha desempeñado como profesora del depto. de Antropología de la Universidad de los Andes y subdirectora técnica del Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Actualmente coordina investigaciones sobre el impacto de las políticas del patrimonio inmaterial para el Observatorio de Patrimonio Cultural MIA, sobre el patrimonio industrial con el proyecto Fábrica de Loza Bogotana y la relación patrimonio y turismo en Villa de Leyva.

Luis Fernando Suescún Arrieta es arqueólogo, consultor e investigador de la Fundación Erigaie.

Laura Niño Gutiérrez es arqueóloga del Instituto Departamental de Cultura del Meta e investigadora en la Fundación Erigaie.